BIBLIOTECA VIRTUAL
MIGUEL DE CERVANTES

BIBLIOTECA AFRICANA
www.cervantesvirtual.com

JOAQUÍN MBOMÍO BACHENG

Huellas bajo tierra

[fragmento]

Edición impresa

Joaquín MbomíoBacheng,*Huellas bajo tierra*(2016)

En

Joaquín MbomíoBacheng, *Huellas bajo tierra*(2016), pp.65-72.

Edición digital

Joaquín MbomíoBacheng, *Huellas bajo tierra* (2017)

ClaudineLécrivain (ed.)

Biblioteca Africana – Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes
Junio de 2017

Este trabajo se ha desarrollado en el marco del proyecto I+D+i, del programa estatal de investigación, desarrollo e innovación orientada a los retos de la sociedad, «El español, lengua mediadora de nuevas identidades»(FFI2013-44413-R)

Huellas bajo tierra
Joaquín MbomíoBacheng

Aquel día de la independencia, Macías brilló como un sol, no sólo por ser el primer presidente de la República, sino también por su buena presentación. Para la ceremonia, Macías había escogido un traje de tela fina muy a tono con el ambiente tropical. Le habían cortado el pelo a estilo bomba, poco cabello por los lados y sólo un penacho en el centro. Como perfume había escogido el aceite de palmiste, producto típicamente guineano y propicio para el caluroso clima ecuatorial. Pero también, igual y espectacularmente, el representante español, Manuel Fraga Iribarne, se destacó en el día grande de Guinea. Fraga llegó a Guinea como un paquete de correos, dentro de un traje de lana gruesa, confeccionado probablemente la víspera en una de las mil fábricas de Cataluña. El buen hombre, casi embutido como un chorizo de Extremadura, creía que los vientos alisios llevaban el clima otoñal hacia aquellas tierras tan queridas por la Madre Patria, pero se desencantó cuando su jefe de gabinete, ya en el palco presidencial, le aseguró que se encontraba bajo las fuerzas del anticiclón de Santa Elena. En esto empezó a soplar fuertemente y el cabello del representante de la Madre Patria, peinado a lo mediterráneo, se desordenó a los cuatro vientos del Océano Atlántico, en tanto que la cabeza semirapada de Macías se mantenía en orden. Después del viento, que precedía la capa muzónica, llegó la lluvia, un intenso y breve vendaval que se alejó hacia el mar despejando el cielo isleño. Entonces, llegó lo que era realmente guineano, el calor tropical, delicioso para los autóctonos y aterrador para los de allende los mares. Eran las diez de la mañana cuando el sol, en lo alto, saludó a los guineanos y azotó a los extranjeros.

Todo el mundo estaba reunido en la gran plaza de España de la pequeña capital guineana. Allí estaban todos, antiguasinstituciones coloniales y otras corporaciones dela nueva administración. Prestos para el desfile estaban los diferentes cuerpos del ejército y demás instituciones destinadas a asegurar la infraestructura del nuevo Estado independiente. En primera línea, se encontraban las fuerzas armadas, coloniales y nacionales, en cabeza, la Guardia Civil española, al mando de un comandante que había participado en la batalla del Ebro y perdió un dedo, por eso se inclinaba mucho a un lado al ejecutar el paso marcial; era su dedo gordo del pie derecho. Seguían después las fuerzas guineanas, capitaneadas por un oficial de la Legión Española, cuya oscura carrera militar se inició en aquellas luminosas tierras por su acción de limpieza durante la Guerra Civil Española, lo que se designó en lenguaje militar “La guerra de África”; en aquella guerra de cortísima duración, el valeroso legionario se limitó a fusilar a catalanes, vascos y asturianos de tendencia republicana. Gran paradoja, el oficial estaba

asistiendo al nacimiento de una república. Luego venía en fila la organización Juvenil Guineana, imagen tropical de la Falange española. Cerraban la marcha los futuros cuadros de la administración nacional guineana, alumnos de la Escuela Superior; esta institución había probado su eficacia con la formación de numerosos y prestigiosos cuadros autóctonos para la extinguida administración colonial. Su director, un castellano de pura raza, había presentado una tesis en la universidad de Alcalá de Henares con el título "la estructura piramidal, modelo de la democracia orgánica". Era un hombre muy querido por sus pupilos, los cuales decían "Don Anastasio es un hombre de mucha cultura, hoy nos ha explicado la necesidad sociológica de la democracia orgánica".

Por todas partes afluían gentes de todos los horizontes y condiciones, la mayor parte ignorante. No sabían lo que iba a ocurrir ni la trascendencia de aquel día en un futuro inmediato. Pero, los que sí fueron más perspicaces fueron los comerciantes ambulantes, que a primeras horas de la mañana ocuparon posiciones estratégicas en la plaza, organizando un gran mercado. Con ello, la fiesta perdió un poco su carácter oficial, pero cobró un ambiente mucho más popular, con la venta de buñuelos, churros y refrescos. Las vendedoras de *tope*, vino de palma, el aguardiente preferido de la isla, rodearon por completo la gran plaza circular, organizando un gran mercado. La mayoría de las vendedoras eran nigerianas o guineanas que vivían con nigerianos, todas esposas de braceros de las fincas de cacao. Muchas venían de Sipopo, otras de Gabilondo, pero la mayoría venía de Sampaka, Ñubili y del Campo Yaunde. Todo era pintoresco para los observadores occidentales. Se veían hombres de todas las latitudes y trajes de distintos colores. Esa heterogeneidad se reflejaba mejor en el diminuto palco presidencial, donde estaban aglutinados todos los representantes diplomáticos.

En el palco se veía la túnica hindú, el bubú nigeriano, el popó congolés, el áfrika- ye ye senegalés, pero también el traje ajustadísimo del embajador japonés, el menudísimo del chino, el desgarbado del francés, y el correctísimo del inglés. Pero de todos, el traje que más se destacó fue el holgado y pesado del español. Si la población guineana reunida en la plaza estaba confusa, sin saber a ciencia cierta para qué estaba allí, más confusos estaban los representantes europeos, que veían la gran ceremonia transformarse en una concentración popular mitad feria mitad carnaval, con las mil escenas de la vida cotidiana guineana: reconocimiento de parientes, arreglos de matrimonio, peticiones de mano, rapto de mujeres, saldo de cuentas pendientes, venta de ganado; incluso hubo una formidable escena de lucha libre fang protagonizada por tres bebedores de *tope*, tres fornidos mozos de Basupú, que se enfrentaron a siete enormes vendedoras de Musola. Todo era observado con asombro por los occidentales, en tanto que los diplomáticos africanos seguían estas menudeces con interés y satisfacción. "Sí, aquello sí que era África", decían, "los blancos no lo entenderán nunca. Nunca comprenderán que para nosotros los

africanos, todo acontecimiento nacional es, ante todo, una reunión familiar". Imitando a las masas e identificándose con ellas, los representantes africanos también animaron el palco presidencial con abrazos efusivos y reconocimientos tardíos ante los sorprendidos occidentales.

Manuel Fraga Iribarne, ministro español, enviado especial del Generalísimo Franco, plantado en medio de la tribuna, a un paso de Francisco Macías, sudaba a chorros. Parecía un oso caído en una trampa. Cuando don Manuel empezó a darse cuenta de que se asfixiaba, desaflojó, en un gesto que quiso fuese rápido, el nudo de su corbata, pero por la resistencia de ésta, el gallego tuvo que pasar unos buenos momentos forcejeando antes de conseguir su objetivo, así el movimiento que fue veloz en un principio, se convirtió en lo que los guineanos llaman "gesto de tortuga", gesto que no pasó desapercibido en el palco presidencial, lo que incomodó aún más al multititulario español. Si la población guineana estaba confusa el día de la independencia, mucho más lo estaba el brillante político español, quien más de una vez se preguntó si fue realmente España la potencia colonizadora de aquel país. A pesar de los doscientos años de intercambio cultural aquellas gentes seguían conservando su propia personalidad, sus peculiaridades y sus costumbres, que en nada se asemejaban al comportamiento de los de la Península. Lo que le sorprendía también eran las sonrisas espontáneas que se iluminaban en las innumerables caras que le contemplaban. "Son felices" pensó, pero más de una vez don Manuel captó esa sonrisa indescifrable del guineano que nunca se sabe si es irónica o de pura simpatía. El académico español pensó, por primera vez, que ya era hora de descubrir el espíritu guineano. Volvió a sentir otra vez la sensación de asfixia, y viendo que tenía aflojado el nudo de la corbata, buscó la razón de su malestar y la encontró en su piel. Su piel era blanca, llena de unos agujeritos llamados poros. Manolo acostumbraba a perfumarse con agua de colonia Galatea cuando tenía que asistir a una ceremonia oficial. Cuando llegó a la capital guineana trajo su perfume preferido y ofreció un frasco a Macías quien, mucho más precavido, rechazó el regalo del español, ofreciéndole él a su vez un poco de aceite de palma: "toma esto, te hará falta en los momentos que vienen" le dijo. Manolo aceptó la ofrenda por cortesía, pero, ya en su habitación, no se fió de la perfumería guineana. El resultado lo estaba sufriendo él en aquellos momentos. La piel soportaba muy mal la colonia en aquellas tierras. Asombrado, Fraga constataba que, efectivamente, Macías, oliendo a aceite de palma, se mantenía fresco como una manzana de Francia y con una sonrisita en los labios durante toda la ceremonia. Era el doce de octubre de mil novecientos sesenta y ocho. El hombre de piel de ébano empezaba a sorprender al hombre de piel de mármol.